

“El avaro”, de Molière, en el Corral de Comedias

La adoración del becerro de oro



PILAR CENHREIRO

El amor al dinero por encima de la reputación, el honor y la virtud, llegaron a Almagro en un montaje sobrio y esmerado de “El avaro”, magníficamente interpretado por la compañía de Francisco Portes.

L. S.-C.

Traspasado ya el ecuador del Festival, y sin apenas publicidad, pese a haber sido ya estrenada, llegaba a Almagro *El avaro*, una tragicomedia que se convirtió, por méritos propios, en una de las sorpresas más agradables de la muestra. Algunas críticas han hablado de “antigua” a la hora de juzgar esta puesta en escena; un término tan ambiguo, aplicado al campo de la creación, que resulta difícil circunscribir los aspectos a que hace referencia.

Bien es cierto que han pasado más de trescientos años desde que Molière escribiera esta obra, e intentara con ella, como con el resto de su producción, criticar los vicios humanos bajo el manto del ridículo, de la hipérbole que despierta la sonrisa para así hacerse menos cruel. Igual de cierto es que tres siglos de historia apenas han cambiado la esencia de los hombres que él retratará. En cuanto a la presente versión —a cargo de Enrique Llovet—, si por antiguo se entiende un teatro fiel al espíritu del texto original, y a su contexto social, libre de alardes escenotécnicos, realizado desde una esmerada

sobriedad, y sin tributos a la comercialidad, pues bien, entonces este montaje es antiguo.

Representado miles de veces, llevado a la pantalla, y deseado en su repertorio por los más grandes actores de todos los tiempos, el personaje de Harpagón —protagonista de *El avaro*— ha quedado ya fijado como prototipo inmortal de la avaricia, como concreción impercedera de un concepto ético. “Es esta una pieza —dice Paco Portes— que tiene varias lecturas. El autor juega en ella con los equívocos, introduce algunas claves de la Comedia del Arte, y, sobre todo, hace una creación de caracteres extraordinaria. Pienso que lo que plantea es la adoración del becerro de oro, el ejercicio del poder a través del dinero. Molière establece, además, un doble plano, mediante el cual presenta a un personaje trágico en una situación ridícula, y a ese mismo personaje lo ridiculiza y lo introduce en una situación dramática. Ese juego de espejos es lo que yo he querido representar”.

Comicidad en la tragedia

Tras el éxito obtenido con la comedia *El lindo don Diego* —vista el pasado año en este Festival— a Paco Portes le apetecía adentrarse por los caminos de la tragicomedia, y pasar de aquellos versos a esta prosa, en su doble faceta de director y actor. La riqueza del texto, el estudio de los caracteres y la excelente combinación de ironía y drama presentes en *El avaro*, justifican plenamente la elección de la obra. “Las cualidades de su teatro —asegura el director— no se han evaporado en el tiempo, siguen hoy conservando una excepcional vigencia. Estamos totalmente de acuerdo con Raymond Picard cuando dice que este teatro, en su gran variedad, representa un equilibrio quizá único entre la fuerza y la sutileza, el gusto del espectáculo y el de la psicología, la risa y la reflexión, la ética y la estética.”

Extremos todos que Molière utilizó para ampliar los horizontes de la farsa, a la que impregnó de hondura, manteniendo, sin embargo, la movilidad propia de ese tipo de teatro. Buen ejemplo de ello es este *Avaro* que muestra la cara trágica de la comedia y la faz cómica de lo trágico, que dibuja, con magnífica precisión, a un personaje torturado, en conflicto consigo mismo y con los demás. Una pieza en la que sorprende el hecho de estar escrita en prosa, en un momento —alrededor de 1668— en que el teatro era casi exclusivamente en verso. En opinión de Julio Gómez de la Serna, “el célebre Harpagón necesitaba expresar una psicología burda, limi-



PILAR CEMBRERO

tada, casi odiosa, con unas salidas y 'chuscadas' de estilo netamente popular, que sólo la prosa podía reflejar y enmarcar".

Otras fuentes hablan de que el autor escribió su obra en prosa pensando en trasladarla luego al verso —cosa que hacía con cierta frecuencia—, pero que la pieza pareció tan bien así que los actores quisieron representarla como estaba. Sea cualesquiera la razón, así ha llegado hasta nosotros un argumento en el que Harpagón, rico burgués parisiense, sólo concibe su existencia en función del dinero. Instalado en su codicia, desconfiado, temeroso de que le roben, vive encerrado en sí mismo, ajeno al mundo que le rodea: las relaciones de su hija con un hipotético criado de la casa, el amor de su hijo por una vecina pobre, con la que el mismo avaro pretende casarse... A través de sucesos equívocos, y, en ocasiones, hasta esperpénticos, que pasan por la oposición del usurero a ambos noviazgos, y por la desaparición de su fortuna, Molière va mostrando los múltiples recovecos de la condición humana: la hipocresía, la ambición, el amor, la nobleza y la generosidad.

El placer honesto, el vicio ridículo y la razón atemperada construyen un calidoscopio de ironía y conflicto magníficamente servido por los actores que transitan el drama, como Paco Portes y Jesús Ruimán, en la otra página, y por el humor inteligente, como el de Cristina Marsillach y Ana María Barbany, sobre estas líneas.

Texto y actores

El espacio del Corral ha supuesto más de un quebradero de cabeza a la compañía, obligada a ajustar los movimientos de catorce personas en tan exiguo terreno. "Tampoco la escenografía de Lorenzo Collado ha cabido, por lo que, con gran pesar de su parte, hemos tenido que prescindir de una buena proporción del decorado". En efecto, tan sólo dos biombos colocados a ambos lados del escenario, un par de mesas, algunas sillas, un jarrón con flores —jardín conceptual—, y un clavicordio

componen la escenografía de este montaje, que, por otro lado, cuenta con pocos aditamentos más.

Un músico, testigo de los acontecimientos, e incorporado a la función a través de la ejecución de algunos fragmentos que subrayan la acción, y un bello y cromático vestuario, obra del mismo Lorenzo Collado, completan una puesta en escena eficaz, rigurosa, sobria y estética. "La ropa se ha estilizado, se ha hecho de unos quince años después de la época de la comedia, y con ella hemos intentado transmitir algo del perfume de un estreno en la corte, del ambiente que debía tener un estreno de Molière".

Con esa sencillez como eje, la representación se apoya, clara y fundamentalmente, en dos elementos: texto y actores. La versión de Enrique Llovet, que ha podado algunos párrafos del autor francés, se destaca por la utilización de un lenguaje concreto, coloquial y directo que, alejado de los circunloquios con que se suele ofrecer a Molière, conserva el tono, la profundidad y la sutileza del "dios de las risas". Los actores, a partir de una homogeneidad sorprendente, manejan con naturalidad y convicción una amplia gama de matices vocales y gestuales. Marisa Lahoz —Elisa— y Jesús Ruimán —Cleante— se mueven entre la frescura y el engolamiento necesarios a este tipo de espectáculos. Ana María Barbany —Frosine— hace de su papel una auténtica creación, arrancando, tan sólo con su forma de estar en escena, las carcajadas del público, que aplaudió alguno de sus mutis. El Harpagón de Paco Portes brilla con luz propia, desde la angustia a la desesperación, y desde la ira al ridículo más patético, en una interpretación que, aunque actualizada, conserva el poso molieresco. "Incorporo a este personaje lo más que puedo de todas mis experiencias, e introduzco en mi actuación algunos momentos expresionistas, e, incluso, esperpénticos. Para mí lo más importante es la mezcla de pasión y cerebro, que ese personaje resume verdad, pero que no rebasa mi cabeza. En ese sentido, el papel está construido desde la racionalidad, en un trabajo previo, una base a la que luego le pongo un cordón umbilical que, desde el estómago, se alimenta de mi verdad. Y todo ello con un distanciamiento que me permita, mientras lo vivo, juzgarlo, odiarlo o amarlo".

Ellos, los actores, como ocurre tantas veces, fueron lo mejor de la función, logrando transmitir a los espectadores la esencia de ese Molière del que alguien dijo: "Ha hecho amable la razón, honesto el placer y ridículo el vicio". □